

cansar a la sombra de los árboles, bajo el gran sol ardiente, conseguir sin grandes afanes el sustento diario, y dejar que se consuma la parodia de la democracia.

Todos los progresos y todas las decadencias—sigue diciendo el escritor argentino—pueden reducirse a la mayor o menor actividad de los pueblos. El trabajo es progreso, la pereza es decadencia. El europeo, a la inversa del hispano-americano, es activo y alegre. La civilización es la riqueza; la riqueza es el trabajo; el trabajo es el frío. La razón de nuestra decadencia está en la pereza para el trabajo. ¿Es incurable el mal? ;No podemos cambiar de clima ni transvasarnos la sangre! necesitamos europeizarnos; ;europeicémonos por el trabajo! cortemos radicalmente el cáncer que nos roe las entrañas. Mientras no dominemos nuestra pereza idiosincrásica, América no podrá tomar un firme derrotero en la civilización.

Tales son, en síntesis y condensadas en lo posible con sus propias palabras, las ideas que expone Carlos Octavio Bunge en "Nuestra América". Señala el mal, exagerando su intensidad, según dice Rafael Altamira, y esboza vagamente el medio de curación. Europeicémonos por el trabajo, démosle carácter a nuestra civilización. Pero ¿cómo?... José Enrique Rodó había indicado antes, en su libro "Ariel", que ya ha alcanzado diez ediciones, la necesidad de un ideal de civilización y de raza en la clase dirigente. De las diversas fases de la pereza, la primera que debe desaparecer, es la intelectual; y puesto que pereza de la imaginación y de la sensibilidad es la falta de ideales, es necesario ante todo, que la clase dirigente adquiera esos ideales, y, arrojando en el fecundo surco de la muchedumbre la simiente redentora, trace la vía segura y franca de la civilización robusta sobre la cual debe descansar nuestra América en el porvenir.

II

Tenemos una gran tradición étnica que mantener, dice Rodó en "Ariel". La América hispana está llamada a levantar el crédito de su raza, y para esa empresa magna necesita grandemente de su juventud.

Toca a la juventud intelectual abrazarse a un ideal de civilización. La juventud que posee las fuerzas nuevas; la juventud, cuya voluntad no está aún definitivamente quebrantada, debe compenetrarse bien de la impropia labor que le toca realizar, frente a la muda estíngie del tiempo que no espera. La masa ignorante necesita instrucción; la clase dirigente, necesita ideales. A la juventud intelectual, llamada a formar en su día la clase dirigente, predica Rodó la necesidad de mantener un ideal de raza y un concepto alto y definido de la civilización.

Para el sostenimiento de su ideal, invoca Rodó, como fuerzas poderosas, las prendas del espíritu joven: el entusiasmo y la esperanza. El entusiasmo y la esperanza, padres de la alegría, presidieron la civilización adorable de la Grecia antigua. Esa civilización enseñaba a cultivar no un solo aspecto, sino las plenitud del espíritu, y a no despreciar ninguna noble y